

2005

Trayectos (In Memoriam, 1931-2005)

Saúl Yurkievich

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Yurkievich, Saúl (Primavera-Otoño 2005) "Trayectos (In Memoriam, 1931-2005)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 17.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/17>

This Creación: Poesía is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Saúl Yurkievich

Trayectos

(In Memoriam, 1931 – 2005)

Cuando de escritos se trata, abogo porque la poesía esté presente, intercedo por su preeminencia.

Insisto en la necesidad de considerar la necesidad de la poesía. La antepongo, privilegio su papel de sustento de la palabra literaria.

La poesía encarna lo literario más íntimo y más intrínseco, la puesta en juego de la máxima potencialidad de la lengua, la máxima intensidad, la máxima humanidad.

En poesía somos lo humano esencial. En narrativa somos lo humano demasiado humano. Sólo la poesía acomete y consume el caer sin fin al fondo de ti mismo reclamado por Altazor.

Pienso en ese vaivén ancestral entre contar y cantar. Otra disyuntiva emparentada sería la de cantar o comer, pero los pobres por suerte cuentan y cantan, incluso con hambruna.

La narrativa que no guarda el vínculo activo con la poesía se vuelve crónica anecdótica, puro cuento.

Carlos Fuentes, constitutivamente narrador, lo sabe y conserva con excelencia el nexo del relato extensivo con los ápices poéticos. Léase *Aura*, *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz*. Fuentes combina con arte el epos fáctico con el eros melódico, el rigor de la razón atinada con el inconmensurable vuelo de la razón ardiente. Sabe del *daimon* de la escritura. En los paroxismos de la prosa sabe entregarse al ímpetu lírico.

¿Qué sería de nosotros, de la constitución de nuestro ser, de nuestra humanidad sin *Las flores del mal*, sin *Los cantos de Maldoror*, sin *Un golpe de dados* o *La tierra baldía*?

¿Qué sería de nuestra conciencia, de nuestra capacidad de percibir y figurar el mundo sin Dostoievsky, Kafka, Becket, Borges?

¿Qué sería de nuestro ser en el mundo, de nuestro ser latinoamericano, de nuestra facultad imaginativa de configuración y transfiguración sin los fundadores: Huidobro, Vallejo, Neruda, Gironde, Paz, Lezama Lima?

Quienes historian y analizan nuestras literaturas olvidan a la poesía. Prefieren textos de claro referente, conexos de realidades asibles y decibles, para disertar acerca de lo anexo al hecho literario. La novela, objeto de cuantioso consumo, motiva a menudo consideraciones concernientes al mercado editorial. Concita las metras economicistas, propicia lo estadístico.

La poesía poco se lee y menos se vende. Pregunté a mi amigo Henri Deluy, director de *Action Poétique*, la revista de poesía más añosa de Francia, qué podría hacer yo para que se conociera mejor un libro recién editado, y me respondió: «No te preocupes, quédate tranquilo. Somos trescientos los que escribimos poesía, trescientos los que compramos libros y trescientos los que leemos.»

La poesía no se lee pero sin ella, sin su numen, disminuiría sensiblemente la capacidad generativa de una literatura.

Parece que el período de la mezcla de módulos, de transfusiones recíprocas entre la enunciación narrativa y la poética, de fusión y confusión genéricas se amaina, ralea, cesa.

Podemos considerar que la modernidad estética termina su ciclo (para nada acaba la científica y tecnológica, con sus progresos en astrofísica, en informática y en genética que posibilitan hoy la concepción de nuevos Dibbüks). La era de la mixtura disonante, de los multimedia, de lo fragmentario y aleatorio, de los contrastes simultáneos y de las articulaciones fracturadas, todo aquello que participaba de la imperiosa dinámica del cambio parece concluir.

En arte, cuando no se progresa se regresa. Vuelven las formas canónicas, retorna la tradición con sus protectores protocolos y prosopopeyas. De nuevo, las crinolinas y los cuellos de almidón. Adiós *assemblage*, *by by collage*, dice nuestro reciente milenio.

El arte vuelve a casa, vuelve la poética de papá o la del abuelito. Quiere recuperar su libertad de fabular, halagar, sublimar, transportar; anhela recobrar su poder quimérico, hedónico, las ensoñaciones voluptuosas. No sus Africas (Africa mental llamaba Laforgue al desatinado dictado del inconciente) sino sus lascivas Arabias.

Lo propio del *postmodern*, arte ecléctico de corte bizantino, es abandonar la prédica militante. No más manifiestos conminatorios, no más imperativo estético. Ni compromiso ni progreso. Nadie de la lata. Nada de pioneros, nada de hombre nuevo ni de redención social.

Pero no se puede volver al pasado sin pasar por el presente que convierte a toda restauración en simulacro, en parodia. No se puede escribir *La divina comedia* ni *La tempestad*, sólo remedos en menos. La literatura es un organismo vivo (un *organon*). Necesita periódicamente recompensarse, regenerar. Necesita inyecciones de vital renovación. No puede por largo plazo prescindir de la novedad. Si no, todo se vuelve *kenningard*, metáfora muerta.

Momento no de *corsi* sino de los *recorsi*, no hay ahora en arte dinámicas hegemónicas, vectores de futuridad. Cada escritor hace lo que le parece (todo arte es parecer), se las arregla solo, como puede. Hoy un grupo literario, en comparación con la Revolución Surrealista, la prolet-cult, el agit-prop o fluxus, no es más que un círculo de amigos, una componenda privada.

Nada temo por el porvenir del arte o de la literatura. Son constantes antropológicas, ínsitas, connaturales de lo humano.

Todos los escritores escribimos libros, escribimos con frecuencia a mano. Manuscibimos. Nuestro propósito común es, ejerciendo al máximo los recursos intrínsecos al arte verbal, escribir obras maestras. Lo que viene después, lo que se hará con nuestros libros, escapa a nuestro arbitrio. Pero escribimos con la convicción de crear colectivos bienes culturales y de que constituimos a corto, medio a largo plazo, un poder. Encarnamos el atractivo y temido poder de la palabra, el preplejo, el pasmoso poder de la palabra.

[Intervención en la sesión “Diálogo sobre la literatura en el mundo hispánico a comienzos del siglo XXI,” Primer Congreso Internacional de Estudios Transatlánticos, “Geograffas de Carlos Fuentes,” Brown University, 17-20 abril, 2002).